

La década trágica del Psicoanálisis (1935-1945)

Luis M^a Iturbide Luquin y Manu Sánchez de Miguel*

Universidad del País Vasco

Resumen

El presente trabajo compendia las vicisitudes del psicoanálisis en Europa durante la gestación y desarrollo de la Segunda Guerra Mundial. Iniciamos la tarea de reconstrucción histórica tomando como punto de partida el trabajo de Adam Limentani sobre el movimiento psicoanalítico. Revisamos las *Rundbriefe* (cartas circulares) de Otto Fenichel, elocuentes manuscritos que permitieron a los psicoanalistas mantenerse informados de sus actividades durante la contienda. Recogemos la información contenida en los trabajos de Doris Hajer sobre la historia del psicoanálisis durante el nacionalsocialismo. Y, por último, recuperamos el estudio de Geoffrey Cocks sobre el Instituto Goering de Psicoterapia, una nefasta institución que tuteló el trabajo de los psicoanalistas partidarios de las tesis eugenésicas del *Tercer Reich*. Durante todo este recorrido histórico, tratamos de contextualizar el comportamiento profesional y humano de los psicoanalistas europeos, así como su implicación personal y sus aportaciones intelectuales respecto al fenómeno de la violencia y la guerra.

Palabras clave: Psicoanálisis, Historia del Psicoanálisis, Movimiento Psicoanalítico, II Guerra Mundial.

Abstract

The present paper summarises the vicissitudes of psychoanalysis in Europe during the inception and development of the Second World War. We began with an historical reconstruction using Adam Limentani's work on the development of psychoanalysis. We reviewed Otto Fenichel's *Rundbriefe* (Circular Letters), a series of eloquent manuscripts which enabled psychoanalysts to keep abreast of Fenichel's activities during the war. We gathered information from Doris Hajer's writings on the history of psychoanalysis during National Socialism. Lastly, we revisited Geoffrey Cocks' study on the Göring Institute of Psychotherapy, an egre-

* Correspondencia: Luis M. Iturbide. Facultad de Psicología. Avda. de Tolosa nº 70. 20018 San Sebastián Guipúzcoa. Tfno 943 015743. Tfax 943 015670. Correo electrónico: <luismaria.iturbide@ehu.es>.

gious institution which set the standards for the psychoanalysts who followed the eugenic practices of the Third Reich. Throughout this historical journey we tried to contextualise the professional and human behaviour of European psychoanalysts, their personal involvement in, and their intellectual contributions to the phenomenon of violence and war.

Keywords: Psychoanalysis, History of Psychoanalysis, Psychoanalytic Movement, World War II.

INTRODUCCIÓN

Cuando Hitler tomó el poder en Alemania en 1933 no fue una sorpresa para nadie el que los primeros libros quemados por los llamados “*camisas pardas*” fueran los de Sigmund Freud. De hecho, al ser considerado por los partidarios del nacional-socialismo como una “*Ciencia Judía*”, el psicoanálisis tuvo que soportar durante más de diez años un sinfín de reveses y calamidades que concluyeron para muchos de sus seguidores con el exilio, el encarcelamiento, la tortura o la muerte.

¿Qué consecuencias tuvo sobre la teoría y la práctica psicoanalítica esta intemperante situación? Dar respuesta a este interrogante es precisamente la intención del trabajo que ahora presentamos, un trabajo que tiene como objetivo prioritario compendiar las vicisitudes del movimiento psicoanalítico durante el advenimiento y el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial para poder contextualizar y significar las aportaciones de algunos de sus miembros a la comprensión del fenómeno de la violencia y de la guerra.

Iniciamos, pues, esta tarea de revisión rescatando de la historia más reciente del psicoanálisis el trabajo de Adam Limentani (1913-1994) sobre *El movimiento psicoanalítico durante la guerra (1939-1945)* (Limentani, 2004), un trabajo en el que este psiquiatra y psicoanalista inglés de origen italiano, a pesar de los escasos datos existentes en los archivos de la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA), trata de rastrear la actividad, la producción y el destino de los psicoanalistas europeos durante el conflicto armado que conmocionó al mundo entre 1939 y 1945.

A continuación, y siempre tratando de encontrar sentido a la actitud y a la actuación de los psicoanalistas durante este cruento período de exaltación del *Tercer Reich*, recuperamos y traemos a primera línea parte de la valiosa información contenida en las *Rundbriefe* (cartas circulares) de Otto Fenichel (1897-1946), ciento diecinueve cartas manuscritas (Fenichel, 1998) que permitieron a los psicoanalistas, sobre todo a los de orientación socialista o marxista, mantenerse informados de sus respectivas actividades a pesar de la estrecha vigilancia de la Gestapo.

De igual forma, damos cobijo en el cuerpo del texto al contenido del trabajo de Doris Hajer sobre *Psicoanálisis y nazismo* (Hajer, 1997), un magnífico artículo dictado

en forma de conferencia en el que esta activa y comprometida psicoanalista uruguaya —responsable del área de psicoanálisis de la Facultad de Psicología de Montevideo— penetra y profundiza en la historia del psicoanálisis durante el advenimiento, consolidación y apogeo del nacionalsocialismo.

Por último, y por razones de conciencia y equidad, hacemos referencia al interesante estudio de Geoffrey Cocks sobre el Instituto Alemán de Investigación en Psicología y Psicoterapia (Cocks, 1985), más conocido como el Instituto Goering de Psicoterapia, una nefasta institución que animó y tuteló el trabajo de los psicoanalistas partidarios de las tesis eugenésicas y de las políticas de selección del *Tercer Reich*.

Partamos, pues, de estas coordenadas teóricas y tratemos de seguir las huellas del movimiento psicoanalítico durante estos diez angustiosos años.

CLANDESTINIDAD, MIGRACIÓN Y SOMETIMIENTO EN ALEMANIA

En general, y si exceptuamos Suiza —que al ser un país neutral no pareció demasiado afectado por lo que sucedía en el resto del continente—, entre 1935 y 1945 el movimiento psicoanalítico *languideció* en la mayoría de los países europeos (Limentani, 2004). En Alemania, como era de esperar, el triunfo del Partido Nacionalsocialista, la llegada al poder de Adolf Hitler y la propagación de sus ideas sobre la supremacía y excelencia de la raza aria trajeron consigo que el psicoanálisis dejara de ser una cuestión médica e intelectual y pasara a convertirse en un problema de discrepancia política, exclusión social y supervivencia.

La Sociedad Psicoanalítica Alemana (*DPG*), por ejemplo, pretendiendo salvar el psicoanálisis e intentando conseguir una autorización oficial para su enseñanza, hizo una declaración de principios muy en sintonía con las máximas del régimen, rompió con la Asociación Psicoanalítica Internacional (*IPA*) y obligó a los analistas judíos a renunciar a su acta de membresía, expulsando, asimismo, a militantes de izquierda tan destacados como Wilhelm Reich (1897-1957).

Igualmente, y a pesar de sus dudas iniciales, analistas tan significados como Felix Boehm (1881-1958) —que ejerció como *perito* en homosexualidad para la Wehrmacht y la Luftwaffe— y Carl Gustav Jung (1875-1961) —que asumió la dirección internacional del Instituto Goering de Psicoterapia—, manifestaron abiertamente su compromiso en el sentido del nacionalsocialismo. Incluso, la Asociación Médica de Psicoterapia, en un comunicado dirigido al ministro de estado en Berlín, agradecía en 1938 el gran interés mostrado por el *Instituto Goering* en términos tan reveladores como: “juramento de fidelidad inquebrantable” o “total compromiso en el sentido del Nacionalsocialismo” (Hajer, 1997, p. 207).

Por desgracia, no podemos detallar aquí todas y cada una de las vicisitudes del movimiento psicoanalítico, pero sí es importante señalar que el auge del nazismo

obligó a los dirigentes de las asociaciones psicoanalíticas a tomar decisiones más que discutibles a fin de poder preservar las bases filosófico-ideológicas freudianas y asegurar su existencia. Entre tales decisiones, cabe destacar la prohibición del ejercicio profesional a los analistas judíos y la adopción de una postura de permanente neutralidad ante los conflictos políticos y sociales, decisiones que, dado su calado e importancia, tendrán serias consecuencias en el posterior desarrollo del psicoanálisis.

Puede decirse, pues, que la política de *establishment* del psicoanálisis auspiciada por el entonces presidente de la Asociación Psicoanalítica Internacional Ernest Jones (1879-1958), no solo se abstuvo de cualquier crítica y/o reprobación al sistema nacionalsocialista, sino que posibilitó que un manto de silencio cubriese el sometimiento y la adhesión al nazismo de los psicoanalistas que permanecieron en Alemania. Al parecer, valía la pena aceptar cualquier tipo de restricción y se podía renunciar a cualquier presupuesto teórico, por muy importante que éste fuera, con tal de que la Asociación Psicoanalítica Alemana no fuese disuelta por los nazis y el psicoanálisis pudiera estar representado en el Instituto de Psicología y Psicoterapia de Berlín, y Ernest Jones fue el encargado de hacerlo saber.

Sin embargo, si E. Jones pensaba que una simple declaración de principios iba a ser suficiente para contener el odio, la rabia y la frustración acumulados durante muchos años de agitada y sediciosa convivencia, estaba muy equivocado. El silencio y la pasividad del estamento psicoanalítico dio alas a un régimen que, en cuanto le fue posible, recrudeció las exigencias y las requisitorias dirigidas a los que consideraba miembros de una impúdica ciencia judía. Primero, reclamó a los psicoanalistas en activo un permiso especial para realizar docencia y formar candidatos; más tarde, prohibió trabajar en la Policlínica Psicoanalítica de Berlín a los judíos extranjeros; y, por último, forzó la salida de todos los analistas judíos de Alemania.

Por supuesto que no todos los psicoanalistas alemanes respaldaron las tesis nacionalsocialistas y el programa nazi de limpieza racial que enviaba a una muerte programada a los homosexuales, disformes y judíos. Por supuesto que hubo voces críticas como la de Otto Fenichel, Edith Jacobson o Jonh Rittmeister que se alzaron contra “la estupidez del establishment psicoanalítico, incapaz de comprender la realidad del nazismo” (Jacoby, 1983, p. 100), pero los propios psicoanalistas alemanes se preguntan todavía hoy por qué fue tan poco habitual esta repulsa, aunque tuviera que ser ejercitada desde el exilio.

Respecto de esta última cuestión, y aun siendo conscientes de que cada experiencia de migración está impregnada de marcados tintes individuales, queremos hacernos eco del enorme impacto emocional que supuso para los psicoanalistas judíos el hecho de tener que abandonar familia, casa, trabajo y bienes para poder huir y salvar la vida. De hecho, no podemos olvidar que a las dificultades propias de la obtención de los visados, se vinieron a sumar los problemas relacionados con la seguridad, el

transporte, el dinero, el idioma, la vivienda, el trabajo y la alimentación, problemas que agudizaron todavía más la competencia profesional y la cuestión de la formación médica en los países de acogida.

Queremos destacar también que no fueron sólo los psicoanalistas judíos los que se vieron perseguidos y encarcelados. También otros analistas, cuyo compromiso político y/o su profunda convicción de que el psicoanálisis bajo un régimen nazi no era viable, fueron arrestados, tuvieron que abandonar Alemania o se vieron forzados a vivir en la clandestinidad. Bernhard Kamm (1899-1991), por ejemplo, no dudó en partir hacia el exilio junto a sus colegas judíos al considerar que habían sido expulsados de la Asociación Psicoanalítica Alemana de forma totalmente injusta y arbitraria. John Rittmeister (1898-1943), en cambio, prefirió permanecer en Alemania y hacer frente a los nazis militando en la llamada *orquesta roja*, una organización de espías alemanes que enviaban información militar a los aliados, hasta que fue detenido y ejecutado.

Mención aparte merece Edith Jacobson (1897-1978), una psicoanalista freudiana de filiación política de izquierda que, después de haberse trasladado al extranjero, decidió volver a Alemania para militar en el grupo socialista de resistencia *Neu beginnen* (comenzar de nuevo), siendo encarcelada por auxiliar a un paciente suyo buscado por la Gestapo. La penosa situación de Jacobson durante su encierro fue comentada por Fenichel en las *circulares* difundidas desde el 24 de octubre de 1935 hasta el 25 de junio de 1938, momento en el que, gracias a la ayuda personal de Fenichel, pudo escapar del sanatorio donde había sido internada para una intervención médica.

En cualquier caso, las consecuencias de tan adversa situación pronto tomaron forma para el psicoanálisis: las publicaciones contrarias a los intereses del régimen fueron prohibidas; las obras de Freud que lograron salvarse de las llamas sólo podían leerse previa autorización personal de Mathias Goering (1870-1945), director del Instituto de Psicología y Psicoterapia de Berlín; el vocablo *psicoanálisis* se excluyó de esta sectaria institución; los conceptos freudianos fueron sustituidos por los junguianos —especialmente los relativos a la teoría de la libido— hasta llegar, como colofón a tanto despropósito, a sustituir el término psicoanálisis por el de *Psicología Profunda*.

En cuanto a las investigaciones realizadas en este conflictivo periodo, hay que decir que la mayor parte de los proyectos emprendidos por los psiquiatras y psicoanalistas alemanes estaban vinculados al Instituto Goering de Psicoterapia, y, por tanto, supeditados a las necesidades del estado y de la guerra. Por tal motivo, proliferaron las conferencias sobre la herencia genética, la homosexualidad y la higiene de la raza; se normalizaron programas de exterminio conducentes a la eliminación de los pacientes psiquiátricos *incurables* y se potenciaron las terapias activas orientadas a la reinserción de aquellos enfermos que, además de *curables*, fueran valiosos biológica y socialmente para los intereses del *Reich*.

El propio C. G. Jung, convencido de que las muchas diferencias existentes entre la psicología alemana y la judía no debían continuar siendo ignoradas por la ciencia, no pudo evitar que su discurso se tiñese de racismo, “judeofobia” y exclusión, y si bien su antisemitismo no tomó nunca la forma de un compromiso militante, sus afirmaciones sobre la raza judía, el inconsciente ario y la supremacía del alma germana condicionaron su vida y su obra al punto de llegar a convertirse en un refinado instrumento de la política de nazificación de la psicoterapia alemana.

Así las cosas, los psicoanalistas freudianos no tuvieron más remedio que acen-
tuar sus procedimientos socio-críticos de reflexión y salir del paso tratando de comba-
tir desde dentro esta sórdida connivencia. Connivencia que alcanzó su punto álgido
cuando Felix Boehm se dirigió a Viena para tratar de convencer a Freud de la nece-
sidad de suscribir la política de *establishment* del psicoanálisis en Alemania, aunque
fuera a costa de una férrea tutela por parte del estado y de prohibir el ejercicio de la
profesión a los psicoanalistas judíos.

INVASIÓN MILITAR EN AUSTRIA: EL *ANSCHLUSS* (1938)

En Austria, entretanto, el panorama social, político y económico era igualmen-
te inquietante y desolador. Tras la invasión militar de los nazis, la situación de los
psicoanalistas —en su mayoría judíos— se deterioró hasta llegar a ser crítica. De los
aproximadamente ciento cincuenta analistas que integraban por esas fechas la Socie-
dad Psicoanalítica de Viena, diez murieron en ghettos o campos de concentración
—entre ellos Karl Landauer (1887-1945)—, cuatro desaparecieron sin dejar ningún
rastros, media docena optaron por la clandestinidad y la mayoría, alrededor de cien-
to cinco —entre ellos Marie Langer (1910-1987) y Richard Sterba (1898-1989)—,
tuvieron que emigrar para poder conservar la vida. Los que decidieron permanecer
en Viena, los no judíos, no tuvieron más remedio que seguir las directrices del Insti-
tuto Goering, so pena de destitución, arresto o expulsión (Mülleitner y Reichmayr,
1995).

Por suerte, no todos los trabajos y proclamas de los psicoanalistas de la época
fueron afines al régimen. El psicoanalista vienés Bruno Bettelheim (1903-1990), por
ejemplo, en la soledad del internamiento en un campo de concentración avanzó un
trabajo reflexivo sobre la situación extrema, noción que formula para referirse a las
condiciones en las que un hombre puede abdicar identificándose con su verdugo o,
por el contrario, construir una estrategia que le permita salvaguardar la vida. Su libro
Comportamiento individual y comportamiento de masa en situaciones extremas (Bettel-
heim, 1943) es el más firme exponente de unas reflexivas elaboraciones que, partiendo
de las propias vivencias personales, tratan de explicar la actitud y el comportamiento
de los judíos internados en los campos de concentración.

SITUACIÓN CRÍTICA EN LA ESCUELA DE BUDAPEST

En Hungría, las cosas no resultaron ir mucho mejor que en Austria y Alemania. Después de la muerte de Ferenczi (1873-1933), la huida de Geza Roheim (1891-1953) y Sandor Rado (1890-1972) y la llegada de los nazis, las condiciones para el ejercicio del psicoanálisis fueron haciéndose cada vez más difíciles. Los analistas que no fueron arrestados y/o ejecutados tuvieron que renunciar a sus puestos institucionales, abandonar la práctica clínica y correr a refugiarse en países seguros —entre ellos Istvan Hollos (1872-1957), uno de los artífices de la reforma del asilo en Hungría, y Michael Balint (1896-1970), pionero en la utilización de las emociones y el entendimiento como potencial terapéutico—. Livia Nemes (1919-2006), en un artículo aparecido en el *Sigmund Freud House Bulletin*, nos recuerda que la intransigencia política, las leyes contra los judíos y la anexión de Austria habían hecho desaparecer antes del comienzo de la guerra a más de la cuarta parte de los miembros de la Sociedad Húngara de Psicoanálisis (Nemes, 1985).

Dentro de este restrictivo escenario, llama la atención que cuando Imre Hermann (1889-1984) publicó su libro sobre *Los instintos primordiales en el hombre* (Hermann, 1943), los nazis dejaron intactas ciertas páginas referidas al militarismo y al antisemitismo, mientras que censuraron otras en las que se hablaba de la masturbación y la vida sexual de las mujeres. Fue, asimismo, un acto de valentía por parte de Hermann la publicación de un libro sobre *La psicología del antisemitismo* (Hermann, 1945), en cuyo cuerpo de texto se abordaba el problema del racismo y la segregación desde el punto de vista de la agresividad.

CLIMA HOSTIL EN ITALIA

En lo que a Italia se refiere, el movimiento psicoanalítico pareció entrar en un tedioso estado de hibernación. Debido a la atmósfera fascista de la época, los planteamientos psicoanalíticos avivaron la desconfianza y la preocupación de la clase política y científica afín a la dictadura de Mussolini, siendo objeto de mordaces y violentas críticas. El propio Enrico Morselli (1852-1929), presidente de la Sociedad Italiana de Psiquiatría, había propiciado este clima de oposición al psicoanálisis publicando, casi tres lustros antes de la Segunda Guerra Mundial, un compendio en dos volúmenes titulado *La Psicanalisi* (Morselli, 1926), en el que Freud era presentado como un “*Satán lujurioso*” y sus tesis sobre la sexualidad como un “*catálogo pornográfico*”.

Con tan penosas perspectivas, no ha de extrañar que los psicoanalistas italianos comenzaran a prepararse para un largo y obligado exilio. Emilio Servadio (1904-1995), considerado el padre del psicoanálisis italiano, consiguió llegar a la India, donde continuó desarrollando su creativa actividad; Edoardo Weiss (1889-1970),

fundador de la *Rivista Italiana di Psicanalisi*, se refugió en Estados Unidos, mientras que Nicola Perotti (1897-1970) —director de la revista *Psiche*—, Marco Levi-Bianchini (1875-1961) —fundador de la Società Psicanalitica Italiana— y Cesare Musatti (1897-1989) —director del Laboratorio de Psicología de la Universidad de Padua— tuvieron que esconderse y apenas si hicieron otra cosa que no fuera velar por su supervivencia y combatir contra el fascismo.

CRISIS EN LA SOCIEDAD PSICOANALÍTICA HOLANDESA

En Holanda, la situación del psicoanálisis en esta época también era problemática, tanto por la situación pre-bélica como por los conflictos internos. La Sociedad Psicoanalítica Holandesa, dividida en dos grupos (el de Ámsterdam —partidario del psicoanálisis médico y hostil a la admisión de los judíos exilados— y el de La Haya —partidario de la admisión de los psicoanalistas perseguidos por el nazismo y de la integración en la *IP4*), acababa de superar las discrepancias internas que amenazaban su continuidad cuando se iniciaron las hostilidades. Como era de esperar, la que más sufrió fue la rama de la Haya, pues Maurits Katan (1897-1977) y su esposa Anny Rosenberg (1898-1992), al prohibirse a los judíos formar parte de cualquier asociación, debieron pasar a la clandestinidad y muchos otros analistas tuvieron que huir a Estados Unidos. Por su parte, el grupo de Ámsterdam, desconfiando de la situación imperante, resolvió disolverse y continuar sus reuniones en casas particulares.

EL EJEMPLO DE GRAN BRETAÑA

En Gran Bretaña, a diferencia de otros países, el psicoanálisis no perdió demasiado impulso. De hecho, la comunidad psicoanalítica inglesa se movilizó activamente contra la Alemania nazi participando en actividades relacionadas con el asesoramiento institucional, la selección de oficiales y la actividad terapéutica. Algunos analistas se vincularon al Servicio Médico de Emergencia, ocupándose de ayudar y asistir a las víctimas de los bombardeos aéreos. Anna Freud (1895-1982) y Dorothy Burlingham (1891-1979), crearon las Guarderías de Guerra de Hamstead; Edward Glover (1888-1972) fundó un centro de ayuda psicológica para tratar los casos clínicos urgentes; John Rees (1890-1969), Wilfred Bion (1897-1979) y John Rickman (1891-1951), entre otros, fueron consejeros del Ejército para la reorganización de la psiquiatría de guerra en la War Office Selection Board (WOSB).

Sin embargo, y a pesar de que Glover había adelantado ya el carácter psicopatólogo de la guerra en su obra *Guerra, sadismo y pacifismo* (Glover, 1933), no fueron muchos los psicoanalistas que se ocuparon de estudiar los motivos y las consecuencias de la guerra. Entre ellos, Ernest Jones (1879-1958), que en un ensayo sobre *La psico-*

logía del colaboracionismo (Jones, 1941) se preguntaba si esta actitud no fue el *arma secreta* de Hitler, ya que, inconscientes del proceso que les afecta, las víctimas de esta *mentalidad* justifican la agresividad del enemigo, dudan de su derecho a tener privilegios y se someten resignadamente a los dictados de los vencedores.

Por lo demás, y según va avanzando la guerra, sólo de tanto en tanto aparece alguna contribución que merezca ser mencionada. Edward Glover, por ejemplo, escribe sobre los efectos psicológicos de la situación de guerra sobre la población civil (Glover, 1942); Sylvia Payne hace suyo el problema causado por la movilización y evacuación de las mujeres (Payne, 1943); Anna Freud y Dorothy Burlingham, con su libro *Niños sin familia* (Freud y Burlingham, 1944), llaman la atención sobre la situación emocional —inseguridad, desconfianza, rivalidad, celos, etc.— de los niños que deben amoldarse a un nuevo entorno; y poco más.

LA CUESTIÓN DEL ANÁLISIS PROFANO EN FRANCIA

En Francia, a pesar del esfuerzo y el desvelo de la princesa Marie Bonaparte (1882-1962), la situación de los psicoanalistas en vísperas de la guerra fue mucho más comprometida y problemática que en Gran Bretaña. La Sociedad Psicoanalítica de París (*SPP*), además de tener que soportar las dificultades propias de un ambiente prebélico, se hallaba inmersa en estas fechas en una irrefrenable lucha interna en la que estaba en juego la cuestión del análisis profano y la formación didáctica. Agrupados alrededor de Sacha Nacht (1901-1977) y Serge Lebovici (1915-2000), los defensores del psicoanálisis como profesión médica querían asegurar su dominio sobre la formación de los futuros analistas, mientras que los universitarios liberales, representados por Françoise Dolto (1908-1988), Daniel Lagache (1903-1972) y Jacques Lacan (1901-1981), se oponían a tan arbitrarias pretensiones.

En medio de esta desagradable disputa, René Laforgue (1894-1962), uno de los fundadores de la *SPP*, intentó crear en París un instituto psicoanalítico *arianizado* según el modelo de Matthias Goering y negociar la reaparición de la *Revue Française de Psychanalyse* bajo la tutela alemana. Por suerte, no logró llevar a cabo sus propósitos, y gracias a Marie Bonaparte, que interrumpió las actividades de la Sociedad Psicoanalítica en 1939, a Henry Ey (1900-1977), que se opuso a cualquier tipo de renuncia al legado freudiano, y al grupo de analistas ligado a la revista *L'Évolution Psychiatrique*, que exhortaron a la resistencia, el movimiento psicoanalítico francés se sustrajo a cualquier sospecha de colaboracionismo y salió indemne de la ocupación alemana.

En cualquier caso, ninguno de los analistas de esta nueva generación que emergió en vísperas de la guerra, fue capaz de unificar el movimiento psicoanalítico francés en torno a una única doctrina, política, enseñanza o filiación. Sólo J. Lacan, en un loable intento de conciliación, trató de hallar una solución que no fuera la búsqueda

de una identidad imposible. Proveniente de la tradición psiquiátrica, analizado por Rudolph Loewenstein (1898-1976) y salpicado por el surrealismo, Lacan fue el único psicoanalista en el periodo de preguerra que logró sintetizar las dos vías de implantación del psicoanálisis: la médica y la intelectual. De ahí la posición privilegiada que ocuparía durante cincuenta años en el movimiento psicoanalítico francés.

Por lo demás, habremos de decir que en Francia, a pesar del quebranto y la devastación que supuso la ocupación nazi, tampoco fueron demasiados los psicoanalistas que se preocuparon de estudiar las causas y las consecuencias de la guerra. En general, los pocos artículos publicados sobre la guerra son bastante decepcionantes. Tiene cierto interés un escrito de Jacques Lacan titulado *La psiquiatría inglesa y la guerra* (Lacan, 1947), un escrito en el que, partiendo del trabajo de los psiquiatras ingleses durante la guerra, Lacan aborda, “en clave intervención psicológica de filiación psicoanalítica” (p. 24) la rivalidad de los combatientes, la rehabilitación de los prisioneros de guerra, la integración de los militares en la vida civil y los efectos de la guerra en la población.

Merece la pena, también, mencionar el texto de Angelo Hesnard (1886-1969) sobre el *Universo mórbido de la culpa* (Hesnard, 1949), una obra en la que el cofundador de la Sociedad Psicoanalítica de París (*SPP*) rescata de entre las sombras del inconsciente las nociones de *autopunición* y *legitimación* como elementos indispensables para llegar a entender los entresijos de la violencia. Y poco más que merezca la pena destacar.

EL “MÚLTIPLE INTERÉS” DEL PSICOANÁLISIS EN ESPAÑA

Finalmente, habremos de referirnos a España, un país no alineado en el que al iniciarse esta trágica década apenas si comenzaba a conocerse el psicoanálisis y a ofrecerse formación psicoanalítica. Aturdida por una guerra civil demasiado cruenta, dislocada por una posguerra demasiado intolerante y anquilosada por una moral católica demasiado acrítica, España recibió la obra de Freud con mucha cautela, demasiado recelo y excesiva desconfianza, un triste recibimiento que, al parecer, tuvo mucho que ver con la estructura política autoritaria impuesta a la población, el control político y religioso ejercido sobre el conocimiento científico y el aislamiento científico al que estaba sometido nuestro país.

Hubo, desde luego, posturas receptivas, actitudes positivas e, incluso, algunos animosos defensores del psicoanálisis, aunque, en general, la crítica y el rechazo inundaron en forma de artículos y libros el estereotipado panorama de la psiquiatría española de la época. Aún más, alentados y respaldados por el autoritario régimen franquista, fueron los propios psiquiatras españoles los que *motu proprio* emprendieron la condescendiente tarea de crear una psiquiatría acorde con el nuevo “orden”

establecido, es decir, con un fuerte sentimiento antieuropeísta (Carles, Muñoz, Llor y Marset, 2000).

En una situación tan adversa, hay que destacar por encima de cualquier prejuicio la figura de Ángel Garma (1904-1993), un psicoanalista bilbaíno formado en Berlín que intentaba crear en nuestro país un grupo analítico cuando la Guerra Civil (1936-1939) le arrastró al exilio. Primero se refugió en Burdeos y luego en París, aunque, poco después, la llegada del ejército alemán le obligó a emigrar a Buenos Aires, donde vivían algunos de sus familiares. Tan pronto llegó a Argentina, reunió un pequeño grupo de formación compuesto, entre otros, por Celes Cárcamo (1903-1990) y Arnaldo Rascovsky (1907-1995), dando comienzo a la tarea de afianzar el psicoanálisis en ese país, aunque, como señala Vera (2007), a tenor de cómo se está reescribiendo la historia del psicoanálisis en Argentina, “Garma pronto podría pasar a ocupar un importante papel en el olvido” (p.134).

Otra figura que brilla con luz propia en esta trágica década es la de Emilio Mira i López (1896-1964), el primer catedrático de psiquiatría en España, un republicano convencido que se embarca en la quimérica cruzada de procurar integrar el psicoanálisis en el marco de la psicología científica. Ni que decir tiene que Emilio Mira, al igual que Ángel Garma, también se vio obligado a abandonar España tras la guerra civil, pues su militancia como Jefe de los Servicios Psiquiátricos del Ejército en el bando republicano ponía en serio peligro su vida. Una vez en el exilio, continuó con su comprometida labor divulgativa dando a conocer el psicoanálisis en diversos países sudamericanos, como Cuba, Argentina, Uruguay y Brasil (García, Fuentes y Carpintero, 1993), al tiempo que tutelaba desde la distancia al llamado *Grupo Erasmo*, una asociación cultural y humanista formada por jóvenes progresistas (Carles Ballús, Pere Folch, Joan Obiols, Pere Bofill y Enrique Grañen, entre otros) que, a finales de los cuarenta, se reunían en los sótanos de la clínica Barraquer para estudiar los textos freudianos y discutir las cuestiones de la clínica psicoanalítica.

De parecidas convicciones ideológicas y análogos criterios didácticos, otro nombre que también debe reseñarse es el del psiquiatra y psicoanalista malagueño Miguel de Prados Such (1894-1969), un ferviente defensor del psicoanálisis que como tantos otros intelectuales españoles tuvo que exiliarse durante la guerra civil, primero a Londres y más tarde a Canadá, donde colaboró, en 1946, en la creación del Círculo Psicoanalítico de Montreal —núcleo de la futura Sociedad Psicoanalítica Canadiense.

Una vez finalizada la Guerra Civil, y a pesar de la oposición de los sectores más reaccionarios de la dictadura franquista, la Iglesia Católica y el *Opus Dei*, el psicoanálisis pareció reavivarse en España gracias al entusiasmo de psiquiatras como Jerónimo Molina Núñez, Ramón del Portillo y José Ramón Otaola, quienes, no sin dificultades, trataron de continuar la obra iniciada por A. Garma.

También, un pequeño grupo de psicoanalistas en formación: Juan Rof Carballo, Jesusa Pertejo, Julia Corominas y María Teresa Ruiz, reunidos en torno a la figura de Margarette Steimbach (1894-1954), decidieron completar su análisis didáctico —unos en París, otros en Suiza, Londres o Estados Unidos— y trabajar por la conservación y el progreso del psicoanálisis en España, un trabajo que, junto con el de otros colegas afincados en Barcelona (Bofill, Folch y Abelló), Madrid (Rallo y Zamora) y Portugal, culminó en 1957 con la creación de la Sociedad Luso-Española de Psicoanálisis, que más tarde daría lugar a las tres sociedades actualmente reconocidas por la Asociación Psicoanalítica Internacional en la península: la Sociedad Portuguesa de Psicoanálisis, con sede en Lisboa, la Asociación Psicoanalítica de Madrid y la Sociedad Española de Psicoanálisis, con sede en Barcelona.

Puede decirse, entonces, que la Guerra Civil y la posterior instauración del régimen franquista supusieron para el psicoanálisis un decisivo y drástico cambio de estatus. El reconocimiento institucional y la consideración profesional logrados en los años de la II República dieron directamente paso al recelo científico y al silencio académico durante la dictadura. Tanto es así, que una característica común a los psicoanalistas de esta época fue que, faltos de docentes directos en España, la mayoría tuvieron que desplazarse al extranjero para analizarse y adquirir la formación necesaria para ejercer la profesión, lo que evidencia un clima de entusiasmo verdaderamente encomiable.

Por lo demás, en el horizonte del psicoanálisis se reflejaban más sombras que luces en estas fechas. Los representantes del corpus científico español se habían posicionado en su contra: los psiquiatras Antonio Vallejo-Nájera (1926-1990) y Juan José López Ibor (1906-1991) adoptaron una actitud de claro rechazo hacia las tesis freudianas; el profesor José Luis Pinillos (1919) hizo todo lo que estuvo en sus manos para eliminar el psicoanálisis de la universidad; el doctor Gregorio Marañón (1887-1960), debido a sus prejuicios religiosos y a su conservadurismo moral, prefirió apostar por C. G. Jung, dado el alejamiento de éste de la sexualidad y su interés por las tipologías; y sólo Ramón Sarró (1900-1993) pareció no abjurar del psicoanálisis, ya que, a pesar de declararse antifreudiano, abrió su cátedra al movimiento psicoanalítico y mantuvo buenas relaciones con Lacan.

Respecto a la producción literaria que podría aportarnos alguna pista para llegar a entender los engranajes de la violencia y los motivos de guerra, si exceptuamos el libro de Garma *Psicoanálisis de las guerras* (Garma, 1942), en la década de los cuarenta en España, prácticamente nada. Los esfuerzos de los psicoanalistas de nuestro país se concentraban, al parecer, en otros frentes: aguantar la ofensiva de los enemigos del psicoanálisis y combatir por su reconocimiento en la Universidad. Surgieron, por ende, cantidad de libros y artículos apoyando —los menos— o denostando —los más— al psicoanálisis, que, sin pretenderlo, pasó del anonimato y la marginalidad a estar de moda como estimulante tema de discusión en los círculos científicos y académicos.

No obstante, y al igual que sucedió en Francia, en todos estos libros y debates —en los que se manejaba una valiosa y actualizada información sobre la teoría y la técnica del psicoanálisis—, estaba notoriamente ausente cualquier referencia a lo sucedido en la Alemania nazi o en la Guerra Civil Española, una ausencia que, aún hoy, el psicoanálisis sigue sin remediar.

CONCLUSIONES

A tenor de lo visto, y aun reconociendo que existen notables excepciones, parece que los psicoanalistas de los años treinta y cuarenta se preocuparon más de defender, o de cuestionar, las tendencias imperantes en la teoría y en la práctica psicoanalítica que de estudiar en profundidad el fenómeno de la violencia y la guerra. El propio Limentani (2004), haciendo gala de su habitual sinceridad, reconoce su desconcierto al comprobar el escaso eco que tuvo en las revistas especializadas de la época todo lo que estaba sucediendo en la Europa ocupada por los nazis. Incluso dejando a un lado las persecuciones, el maltrato y los crímenes, explica con cierta turbación, “apenas si existen referencias a lo que significa analizar a la gente en medio de condiciones tan desgarradoras, y, lo que es peor, apenas si se alude a lo que fue la participación emocional de los psicoanalistas en las turbulencias provocadas por la contienda” (p. 699). Al parecer, sentencia apesadumbrado, “para lograr que los analistas dejen de pelearse entre sí se necesita mucho más que una guerra mundial” (p. 689).

Afortunadamente, el interés por la historia del psicoanálisis, tanto por la *impoluta* como por la *oscura*, ha cobrado en los últimos tiempos nuevos bríos. Los trabajos de Roudinesco (1999), Mijolla (2008) y tantos otros psicoanalistas, así lo atestiguan. Sin embargo, lo que no parece haber cambiado demasiado es que, más que la propia historia del psicoanálisis, lo que realmente interesa es la historia de sus actores, que lejos de cuestionarlo, han intentado sacar de las sombras un psicoanálisis coherente consigo mismo, dinámico y solidario, que no le teme a su historia. Un psicoanálisis que, a fin de cuentas, sólo puede vivir si en lugar de repetir, recuerda y elabora inserto en el mundo que le rodea.

REFERENCIAS

- Bettelheim, B. (1943). Individual and Mass Behavior in Extreme Situations. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 38, 417-452.
- Carles, F., Muñoz, I., Llor, C. y Marset, P. (2000). *Psicoanálisis en España (1893-1968)*. Madrid: Asociación Española de Neuropsiquiatría.
- Cocks, G. (1985). *Psychotherapy in the Third Reich: the Goering Institute*. New York: Oxford University Press.

- Fenichel, O. (1998). *119 Rundbriefe (1934-1945)*. J. Reichmayr y E. Mühlleitner (Eds.). Frankfurt am Main: Stroemfeld Verlag.
- Freud, A. y Burlingham, D. (1944). *Infants without families: the case for and against residential nurseries*. New York: International University Press.
- García, E., Fuentes, J. B. y Carpintero, H. (1993). Emilio Mira y López y la psicología latinoamericana. *Revista de Historia de la Psicología*, 14(1), 31-55.
- Garma, A. (1942) *Psicoanálisis de las guerras*. Buenos Aires: Agonía.
- Glover, E. (1933). *Ward, sadism and pacifism*. London: George Allen & Unwin.
- Glover, E. (1942). Notes on the psychological effects of war conditions on the civilian population. *International Journal of Psychoanalysis*, 23, 17-37.
- Hajer, D. (1997). Psicoanálisis y nazismo. *Tramas*, 11, 199-219.
- Hermann, I. (1943). *Az ember ösi ösztönei*. Budapest: Magvető.
- Hermann, I. (1945). *Antisemitizmus lélektana*. Budapest: Bibliotheca.
- Hesnard, A. (1949). *L'Univers morbide de la faute*. Paris: PUF.
- Jacoby, R. (1983). *The Repression of Psychoanalysis. Otto Fenichel and the Political Freudians*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Jones, E. (1941). The psychology of quislingism. *International Journal of Psychoanalysis*, 22, 1-12.
- Lacan, J. (1947). La psychiatrie anglaise et la guerre. *Évolution Psychiatrique*, 1, 293-312.
- Limentani, A. (2004). El movimiento psicoanalítico durante la guerra (1939-1945) según los archivos de la A. P. I. *Psicoanálisis APdeBA*, 26(3), 683-701.
- Mijolla, A. (2008). *Diccionario akal internacional de psicoanálisis: conceptos, nociones, biografías, obras, acontecimientos, instituciones*. Madrid: Akal.
- Morselli, E. (1926). *La psicanalisi: studi ed appunti critici*. Milano: Fratelli Bocca.
- Mülleitner, E. y Reichmayr, J (1995). The exodus of psychoanalysts from Vienna. En F. Stadler y P. Weibel (Eds.) *The cultural exodus from Austria* (pp. 98-121), Nueva York: Springer Verlag.
- Nemes, L. (1985). The fate of Hungarian psychoanalysts during the time of fascism. *Sigmund Freud House Bulletin*, 9(2), 20-28.
- Payne, S. (1943). Criteria for the training in child analysis. *International Journal of Psychoanalysis*, 24, 61-63.
- Roudinesco, E. (1999). *La batalla de cien años: historia del psicoanálisis en Francia*. Madrid: Fundamentos.
- Vera, J. A. (2007). El psicoanalista Ángel Garma en la Argentina de hoy. *Revista de Historia de la Psicología*, 28(2-3), 129-136.

Artículo recibido: 16-06-10
 Artículo aceptado: 27-07-10